

RESEÑAS

MARTÍNEZ DEL CASTILLO, JESÚS, *Las relaciones lenguaje-pensamiento o el problema del logos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, 352 pp.

Buena parte de la obra de Jesús Martínez del Castillo puede entenderse como un desarrollo del legado intelectual de Eugenio Coseriu. La necesidad de deslindar los diferentes saberes que configuran la competencia lingüística ha sido una de las preocupaciones centrales de la tradición y el pensamiento coserianos. Por lo general, esta preocupación se ha mantenido como un asunto central entre los representantes modernos de la lingüística coseriana. La trayectoria investigadora de Martínez del Castillo es un buen ejemplo de ello. El problema de la complejidad constitutiva de la competencia lingüística –su articulación en diversos niveles de actividad cognoscitiva– proporciona el núcleo central que vertebra las relaciones entre diferentes ejes temáticos explorados por este investigador a lo largo de más de una década.

Fruto de esta coherencia mantenida a través de los años llega el libro que aquí nos ocupa. En *Las relaciones lenguaje-pensamiento o el problema del logos* el lector hallará una síntesis de algunas de las contribuciones más significativas del autor. Entre los trabajos previos de Martínez del Castillo cabría destacar, por su relevancia para el desarrollo de la lingüística coseriana, sus contribuciones a la crítica epistemológica de la ciencia cognitiva (*Los fundamentos de la teoría de Chomsky. Revisión crítica*, 2004, y *La lingüística cognitiva. Análisis y revisión*, 2008), así como su revisión, también crítica, de las tesis del relativismo lingüístico (*Benjamin Lee Whorf y el problema de la intelección*, 2001) y una original propuesta integradora de la filosofía de Ortega y la teoría lingüística de Coseriu: *La lingüística del decir: el logos semántico y el logos apofántico*, 2004. Todas estas cuestiones aparecen recogidas ahora, de forma sintetizada, en *Las relaciones lenguaje-pensamiento o el problema del logos*.

Algo que debe valorarse muy positivamente es el hecho de que esta síntesis no se alcance a expensas de la profundización. Es sabido que cuando se trata de dar cabida en una sola obra a una gran variedad de problemas de investigación, se corre el riesgo de incurrir en una cierta dispersión temática. No sucede así con este libro. Las conexiones establecidas entre los distintos capítulos ponen de relieve el hecho de que las relaciones entre investigaciones anteriores del mismo autor conducen en última instancia a una visión coherente sobre la naturaleza del

lenguaje. Por tanto, puede decirse que lo que el libro ofrece es, ante todo, un compendio del pensamiento de uno de los representantes más destacados de la lingüística coseriana actual.

El hilo conductor del libro, la idea central en torno a la cual se articulan las conexiones entre los puntos de vista formulados en los distintos capítulos, hace referencia a la naturaleza del acto lingüístico como acto complejo, determinado por tres niveles de actividad cognoscitiva denominados «hablar», «decir» y «conocer», respectivamente. El orden en que los tres niveles han sido mencionados no es irrelevante, ya que expresa la dirección de las relaciones de determinación e implicación entre ellos. Los niveles de determinación lingüística, argumenta Martínez del Castillo, se ordenan en una serie sucesiva de implicaciones en las que el hablar aparece como término más determinado y el conocer como término más determinante. Por tanto, y citando al propio autor, «el conocer determina el decir y el decir determina el hablar» (p. 335). Si adoptamos el punto de vista inverso, o sea, el de las relaciones de implicación (en lugar de las de determinación), la misma idea puede expresarse del siguiente modo: «no hay un hablar sin un decir ni un decir sin un conocer» (p. 335). A lo largo del libro se desarrollan de forma coherente y sistemática diversos aspectos de teorización lingüística derivados de las relaciones de determinación e implicación entre los tres niveles mencionados.

Quizá, una de las pocas cosas que el lector podría echar de menos en el libro, por lo demás muy completo, es una explicación más detallada de los criterios empleados para definir y diferenciar las determinaciones del hablar y del decir. Siendo la tripartición *hablar-decir-conocer* el concepto central del libro y, en general, la principal aportación de su autor a la teoría del lenguaje, sería deseable ofrecer al lector un conjunto de definiciones y de criterios muy claros para identificar las determinaciones propias de cada uno de estos tres niveles. La ausencia de explicaciones más detalladas al respecto puede crear dificultades de accesibilidad al contenido de la obra en aquellos lectores que no estén familiarizados con los conceptos empleados habitualmente en la lingüística coseriana. Para poder hacer una interpretación exacta del sentido que los términos «hablar», «decir» y «conocer» tienen en este libro, es preciso a menudo recurrir a posibles correspondencias con la terminología utilizada por Eugenio Coseriu.

Así, se nos sugiere que la aportación específica del «decir» al acto lingüístico estriba en el establecimiento de un compromiso con lo designado: «Al que habla le exigimos que en su comportamiento sea acorde y consecuente con el contenido de las palabras» (p. 30). Esta adopción de un compromiso añadido a la mera utilización de palabras corresponde a lo que Martínez del Castillo denomina «lo dicho». A partir de aquí, podemos inferir una cierta correspondencia entre la distinción *decir-conocer*, por un lado, y la distinción que Coseriu estableció entre

«logos apofántico» y «logos semántico», por el otro. Coseriu definió el logos semántico como anterior al apofántico porque en el segundo se dan dos distinciones ausentes en el primero. La distinción entre lo verdadero y lo falso, así como entre lo existente y lo inexistente, es una atribución específica del contenido proposicional. Por esta razón, la distinción entre «decir» y «conocer» puede entenderse como un desarrollo de la distinción coseriana entre «logos apofántico» y «logos semántico». El «compromiso» del que habla Martínez del Castillo, y que introduce el «decir», presupone las distinciones entre predicados como verdadero/falso y existente/inexistente, los cuales son introducidos por el *logos semantikós*. Al fin y al cabo, sin predicados de esta clase no sería posible valorar la coherencia entre el contenido lingüístico y la conducta del hablante.

Otros aspectos de la tripartición hablar-decir-conocer sí aparecen plenamente desarrollados y explicitados en el libro. En particular, cabe resaltar el análisis de las distintas operaciones intelectivas que convergen en el acto lingüístico. En relación con esta cuestión Martínez del Castillo ha realizado contribuciones teóricas realmente valiosas a lo largo de su carrera, y así se refleja en este libro, particularmente en el capítulo 14. En este capítulo resume los puntos principales de su modelo de análisis del acto lingüístico. En el modelo se distingue un punto de partida (la *aísthesis* o intuición sensible e inédita) y una serie de operaciones intelectivas. Entre estas últimas se distinguen seis clases: *selección, designación, creación de una clase, relación, nominación y determinación*. El acto de conocer se desarrolla a partir del impulso inicial proporcionado por la intuición sensible, pero no se mantiene más acá de los límites de esta. Al contrario, la formación de conocimiento requiere superar el ámbito de las «sensaciones». Este acto de superación siempre requiere una labor de creatividad, es decir, de decisión libre y de actuación no condicionada por los estímulos sensoriales. Citando al propio autor: «este [el conocimiento] consiste en la creación que realiza el sujeto a partir de su propia 'sensación', a la que supera, aísla y transforma como cosa distinta de sí mismo» (p. 306).

La capacidad de la intelección para superar su propio punto de partida (la sensación) es objeto, a mi juicio, de las reflexiones más interesantes y de los pasajes más brillantes del libro. Esta idea, la autonomía de lo intelectual con respecto a lo sensible, es opuesta al enfoque naturalista adoptado por algunos de los paradigmas de investigación dominantes en el panorama de la lingüística actual, como muy bien explica Martínez del Castillo. Por tanto, un aspecto fundamental dentro del marco teórico diseñado por este autor es el estatus del conocer como primer término determinante. Tan importante es identificar lo que queda dentro de los tres niveles de determinación lingüística («decir», «hablar», «conocer») como establecer lo que queda fuera de ellos, es de-

cir, aquello que no los determina. El estatus del conocer como primer t?rmino determinante y, por consiguiente, como actividad no determinada por otros actos cognoscitivos del hablante, se sitúa en el centro del debate con las propuestas lingüísticas más estrechamente relacionadas con la llamada «ciencia cognitiva», a saber, la lingüística de Chomsky y la lingüística cognitiva (particularmente la rama liderada por Lakoff, con su concepto del «pensamiento corporeizado»).

La crítica a los planteamientos generativistas y cognitivistas, que se extiende a lo largo de los capítulos 10 y 12, gira en torno al tratamiento que en ellos se da a las relaciones entre el ámbito de la libertad humana y el ámbito de la naturaleza. El fondo del asunto es, por tanto, de carácter filosófico, en el sentido de que conecta determinadas concepciones del lenguaje con determinadas concepciones del ser humano. Por ello, Martínez del Castillo se muestra muy coherente al utilizar una terminología que recalca el papel del hablante no solo como *hablante*, es decir, como emisor y receptor de actos lingüísticos, sino también como *sujeto*, es decir, como exponente individual y como portador de la condición y de las potencialidades humanas.

Si bien es cierto que Chomsky ha insistido en el potencial creativo de la competencia lingüística ya desde sus primeras obras de teoría sintáctica, esta postura, nos advierte Martínez del Castillo, viene a contradecirse con el enfoque naturalista adoptado por el propio Chomsky en varias de sus obras más importantes. Martínez del Castillo observa que en obras como *New horizons in the study of language and mind* (2000) y *On nature and language* (2002), Chomsky abraza las tesis de las «propiedades emergentes», que en filosofía de la ciencia se asimila a posturas naturalistas, ya que establece una visión de la actividad mental como producto derivado de la materia cerebral, resolviéndose así el dualismo cartesiano de *res cogitans* y *res extensa*. En definitiva, en Chomsky conviven una teoría de la creatividad lingüística y una epistemología de corte naturalista, pero estas dos cosas, argumenta Martínez del Castillo, no se integran bien.

En la lingüística cognitiva, la concepción naturalista del conocimiento se presenta de manera más patente, y también más coherente, que en Chomsky, pero no por ello menos objetable a los ojos de Martínez del Castillo, ya que lleva aparejada igualmente una idea del ser humano que no permite reconocer la capacidad de este para superar las condiciones materiales: «en la lingüística cognitiva la cognición [es] considerada un fenómeno natural, cosa que es contradictoria con la naturaleza libre e histórica del sujeto cognoscente» (p. 284). Por razones similares, Martínez del Castillo incluye también una breve crítica a la teoría de los primitivos semánticos de Anna Wierzbicka. Esta crítica, esbozada en el capítulo 11 y, por tanto, intercalada entre la crítica a Chomsky y la crítica a Lakoff, se dirige contra la idea del ser humano como algo modulado por las condiciones ambientales.

Como puede observarse, el denominador común a todas estas críticas es claro: lo que Martínez del Castillo critica tanto de la lingüística chomskyana como de la lingüística cognitiva y, por añadidura, de la teoría de los primitivos semánticos, es la falta de reconocimiento de la independencia de la actividad lingüística con respecto a los condicionantes naturales (físicos, biológicos, genéticos, ambientales). Por ello, la insistencia de Martínez del Castillo en relacionar teorías lingüísticas y sistemas filosóficos encaja perfectamente con el despliegue de su argumentario. No se trata de una adición ornamental, ni siquiera de un intento de complementar los argumentos lingüísticos con argumentos filosóficos. Más bien se trata de una necesidad lógica: la teoría del lenguaje defendida por Martínez del Castillo solo es coherente con determinadas concepciones del ser humano.

Por tanto, se comprende que en varios capítulos el autor introduzca de manera persistente diversos comentarios acerca de la naturaleza esencialmente libre y creadora del ser humano. También en esto sigue fielmente los pasos del maestro: Coseriu, quien, a su vez citando a Humboldt, veía el lenguaje como *enérgeia*, es decir, como actividad libre, y de este modo relacionaba el pensamiento aristotélico con su teoría del lenguaje (véanse, por ejemplo, las reflexiones vertidas en las primeras páginas de *El hombre y su lenguaje*). Martínez del Castillo continúa en la misma línea de fundamentar la teorización lingüística en el pensamiento filosófico, y proporciona un valor añadido al introducir un eslabón más en la cadena, a saber: la relación entre el concepto de «razón histórica» de Ortega y Gasset y la idea del lenguaje como actividad radicalmente libre.

Resulta, sin duda, muy relevante la conexión que Martínez del Castillo establece entre el concepto de lenguaje como *enérgeia* y la visión de Ortega y Gasset de la vida humana como quehacer, como tarea. Hay un claro paralelismo entre la distinción aristotélica de *enérgeia-ergon* (actividad libre vs. producto) y la distinción orteguiana entre *faciendum* y *factum*. Este paralelismo, que sirve de fundamento a la crítica del naturalismo en las ciencias humanas, se desarrolla con toda nitidez en el libro. Abundan las citas al filósofo madrileño, y muchos pasajes distribuidos a lo largo de varios capítulos rezuman algunas de las ideas más brillantes de este pensador, en particular las formuladas en *Historia como sistema*. Cuando Martínez del Castillo afirma que «el individuo que nace hoy tiene que hacerse a sí mismo en la historia que él mismo tiene que ir labrándose» y que «[n]o viene hecho a este mundo» (p. 212), o que «el hombre para vivir tiene que hacer algo: tiene que superar lo otro, la circunstancia, la materia, lo concreto» (p. 272), Martínez del Castillo está aludiendo manifiestamente a la concepción orteguiana de la vida humana como tensión, como tarea problemática, por tanto, no como algo dado o hecho, sino como algo que el ser humano está haciendo constantemente consigo mismo y frente a las circunstancias. La vida

humana, subraya Ortega, consiste en enfrentarse a lo dado m?s que en obedecerlo. En la misma l?nea, Mart?nez del Castillo argumenta que «ser ser humano consiste en la superaci?n de lo natural» (p. 102). En posteriores pasajes del libro, esta l?nea de argumentaci?n servir? de base para una cr?tica del concepto de *embodiment* de la lingüística cognitiva.

La definici?n de la vida humana como *faciendum*, en vez de como *factum*, conduce en la obra de Ortega y Gasset a la propuesta de sustituir la «raz?n f?sica» por la «raz?n hist?rica» en las ciencias humanas. Con ello trataba de dar respuesta a las dificultades para esclarecer lo que el ser humano *es*. La ra?z del problema, explicaba Ortega y Gasset, estribaba en buscar una identidad constitutiva, es decir, una adscripci?n a un ser determinado. El ser humano se comprende mejor cuando nos preguntamos por lo que en ?l hay de proyecci?n, es decir, por lo que puede ser o tiene intenci?n de ser, no por lo que en ?l hay de identidad con algo ya dado o hecho. Los ecos de esta idea orteguiana resuenan claramente en el siguiente fragmento del libro de Mart?nez del Castillo: «El ser humano se define a s? mismo por lo que hace, no por lo que es estructuralmente. El hombre es un ser proyectado hacia el futuro» (p. 108). Como en ocasiones anteriores, Mart?nez del Castillo proporciona un enlace coherente entre la reflexi?n filos?fica y el planteamiento lingüístico del problema del logos: «El lenguaje y el pensamiento como creaci?n responden a la primera de las propiedades esenciales del ser humano, el ser libre, es decir, creativo y absoluto» (p. 109).

Vemos, pues, que los razonamientos desplegados por Mart?nez del Castillo a lo largo de este libro reservan un lugar central al pensamiento de Ortega y Gasset. No cabe duda de que hay plena justificaci?n para ello. El fundamento de la cr?tica de Mart?nez del Castillo a los enfoques naturalistas de Chomsky, Lakoff y Wierzbicka, entre otros lingüistas, se apoya en la observaci?n de que el fen?meno humano opone resistencia a la raz?n f?sica. Las razones que aduc?a Ortega para sustituir la raz?n f?sica por la raz?n hist?rica en las ciencias humanas son similares a las aducidas por Coseriu para concluir que ninguna delimitaci?n idiom?tica obedece por naturaleza a una experiencia extralingüística. Y esas mismas razones constituyen, adem?s, la base de la mayor parte de las cr?ticas vertidas por Mart?nez del Castillo contra los planteamientos generativistas y cognitivistas. En todas estas cr?ticas subyace la idea de que la conducta lingüística no se sigue de la realidad natural; que los hablantes, en tanto que seres humanos, en tanto que sujetos, siempre podr?an obrar de otra manera, siempre podr?an haber tomado otras decisiones.

En definitiva, la idea que fundamenta la cr?tica de Mart?nez del Castillo a los diversos planteamientos dominantes en las ciencias cognitivas es que el lenguaje, por ser una actividad humana, se sustrae a las leyes de la causalidad y se inserta de lleno en el ?mbito de la intencionalidad y de la finalidad: «Todo lo natural, biol?gico y gen?tico pasa necesaria-

mente por los sentidos y lo que estos aportan es superado constantemente por lo humano, por el filtro de la libertad y la historicidad humanas» (p. 283). Esto implica, entre otras cosas, que la intención significativa elabora libremente (de forma no condicionada) los datos de la experiencia, y, de forma aún más concreta, que las operaciones intelectivas que se dan en la actividad lingüística (selección, nominación, etc.) superan su propio impulso inicial (la sensación). La frase final del libro no podría resumir mejor la idea: «Por el significar y con el significar, el sujeto supera la circunstancia en la que se encuentra y se hace a sí mismo humano» (p. 335).

Recomiendo la lectura de este libro a los lectores de esta revista porque nos recuerda una idea que todo lingüista debe tener presente en sus tareas de investigación: los hablantes no solo son hablantes, sino que también son sujetos, y, en consecuencia, las teorías lingüísticas deben ser diseñadas en consonancia con los sistemas filosóficos. La concepción que tengamos de la actividad de los hablantes no puede contradecirse con el concepto que nos formemos de la vida humana.

Desde este punto vista, no se puede negar al autor el mérito de haber desarrollado un modelo de análisis de la actividad lingüística coherente con una visión determinada y muy bien definida de lo que es el ser humano. Cuestión distinta es que el lector comparta o no sus puntos de vista sobre la condición humana, pero esto no resta ni un ápice al valor y al interés del libro. La lectura de *Las relaciones lenguaje-pensamiento o el problema del logos* es tan recomendable para los defensores de la lingüística coseriana como para sus detractores. Para unos, el libro puede aportar una ampliación y desarrollo de los puntos de vista filosóficos que sustentan el concepto de lenguaje según Coseriu, además de proporcionar un modelo de análisis detallado y bien sistematizado de las diferentes operaciones intelectivas que canalizan la libre actividad cognoscitiva de los hablantes. Para otros, el libro puede servir como acicate para revisar los propios argumentos, elevar el nivel del debate y actualizar las contra-argumentaciones que puedan justificar una defensa de las tesis generativistas, cognitivistas, etc., según el caso, frente a las críticas llevadas a cabo desde otros enfoques. En cualquiera de los dos casos, la lectura del libro propiciará un aumento de conocimiento.

MOISÉS ALMELA

Universidad de Murcia

MANZANAL, GUSTAVO y PORRINI, SEBASTIÁN, *Gramática = Lenguaje natural + Lenguaje artificial. Fundamentos para una morfosintaxis del español*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2010, 355 pp.

El trabajo que tenemos en nuestras manos tiene vocación de manual destinado, en primer lugar, a profesores de la asignatura de Lengua